



*"¿10 MILLONES DE PESETAS? ANDA, TOMAD 15 QUE SI NO,
NO VAIS A TENER NI PARA RUEDAS"*
JUAN GARCÍA BARBERENA, SEPTIEMBRE 1979.

1970
1979



1970-1979.

COCIENDO UNA IDEA

Irurzun. Todo comenzó allí.

En 1970, Irurzun (por entonces su nombre oficial) es el concejo más importante de los trece que forman el valle de Araquil. Su estratégica situación entre Pamplona (a 20 kilómetros), San Sebastián y Vitoria le ha permitido desarrollarse industrialmente durante la segunda mitad del siglo XX y crecer en población hasta acercarse a los 2.000 habitantes. Entre sus fábricas, una sobresale por encima del resto: INASA (Industria Navarra del Aluminio, S.A.). Levantada en 1956 por un grupo de empresarios navarros, en 1963 recibe la entrada en su accionariado de una multinacional estadounidense dedicada a la fabricación de papel de aluminio. Su nombre quedará unido para siempre a la historia del ciclismo: Reynolds.

Jesús y José Legarra son de Irurzun, pero no trabajan en INASA. Un *rara avis* en una localidad donde casi un tercio de la población se emplea en la compañía. Ellos regentan el Bar Nuevo Legarra, uno de los puntos de reunión para los habitantes del pueblo. Jesús, *Peluso*, el mayor, es un fanático del ciclismo. Su pasión por las dos ruedas y la buena salud del negocio le animan a montar junto a su hermano un equipo de juveniles, lo que necesita su adscripción a una sociedad. Su elección es fácil: Irurzungo Alay, la entidad que agrupa a la juventud de Irurzun, será su cobijo y la que complete el nombre del embrión de una leyenda.

Con un puñado de chavales de la zona y una montaña de ilusiones, el equipo echa a andar en las carreras del calendario navarro y tras dos temporadas de consolidación, en 1972 llegan al equipo dos jóvenes



López Izcue, Sanz, Andueza, Unzué y Corres posan junto a José Legarra en la puerta del Nuevo Legarra, el escenario de donde parte la historia del equipo. LG



Una de las escasas victorias de Eusebio Unzué como ciclista. Fue en la carrera de Irurzun, con Félix Corres (dcha.), segundo. A su lado, Jesús Legarra, Peluso, su director (1973). LG

que marcarán el futuro: *«El primero era la 'joya' de la zona, uno de los mejores júnior de toda España. Félix Corres, de Estella. Al segundo lo fichamos empezada la temporada. Le veíamos que iba solo a las carreras y le dijimos si quería venir con nosotros. Se llamaba Eusebio Unzué», recuerda José Legarra.*

Entre las victorias de Corrés y la visión de carrera de Unzué, el equipo crece en cantidad y calidad: *«Eusebio tenía unas condiciones limitadas, pero rápidamente vimos que era el más listo de todos. Tenía una habilidad especial para leer las carreras. Era algo innato con lo que había nacido, porque nosotros no se lo enseñamos. A veces bajaba al coche para decirme qué táctica hacer. ¡Tenía 17 años!».* Asumido su escaso porvenir como ciclista, Legarra propone a Unzué que colabore con él en las tareas de dirección del equipo. Eusebio acepta: *«Yo veía que el ciclismo era muy duro y que ni por condiciones físicas ni por tiempo, porque entonces ya trabajaba en el negocio familiar de piensos, tenía futuro alguno. Pero sí me gustaba el mundillo y decidí seguir en él».*

Locuras de juventud, Unzué, 18 años recién



Uno de los primeros equipos juveniles del Irurzun-Nuevo Legarra. De izquierda a derecha: López Izcue, Corrés, Unzué, Andueza y Sanz (1973). LG

cumplidos, obtiene su primera licencia de director deportivo, vende su bicicleta Marotias *«con todo Campagnolo»* y con el dinero obtenido –30.000 pesetas– se compra un Seat 124 de segunda mano que, una baca y dos sesiones de rotulación después, se convierte en el coche oficial del nuevo equipo Reynolds para 1974.

«Ese año, posiblemente también tras algún pequeño bache en el bar, los gastos del equipo se nos hacen difíciles de llevar –explica Legarra–. Podíamos haber cerrado, pero viendo como los chavales seguían progresando y obteniendo victorias, decidimos pedir ayuda». El destino estaba claro: INASA. *«Mi primo, José Antonio Lopetegui, era también el presidente del Irurzun y trabajaba en la fábrica. Nosotros éramos unos jóvenes de apenas 25 años y al menos queríamos ir acompañados de alguien de allí».* A Legarra y Lopetegui les recibe Carlos Orte, director comercial, que junto a Vicente Marco, director de personal, será un hombre fundamental en la historia que vendrá después.

– Este equipo y sus chavales son el futuro. Si queréis seguir, nosotros ya no podemos con los gastos...



La fábrica de INASA en Irurtzun. DN

INASA, también patrocinadora y mecenas de equipos de balonmano, baloncesto o fútbol sala de la zona, decide aportar 100.000 pesetas al proyecto. Con una sola condición:

– *Muy bien. Os damos el dinero, pero en el maillot tiene que aparecer la palabra Reynolds.*

Legarra todavía recuerda su sorpresa: «*No nos lo esperábamos. Nosotros sólo teníamos en la cabeza INASA y estábamos convencidos de que ese sería el nombre del equipo*». Por entonces, la compañía se dedicaba sobre todo a la elaboración de cables y sólo unos años antes se había comenzado a fabricar papel de aluminio, el producto cuya marca comercial sería a partir de entonces sinónimo de ciclismo.

Para el diseño del nuevo maillot, los Legarra y sus colaboradores se inspiran en el equipo profesional Brooklyn en el que por entonces milita el mítico Roger de Vlaeminck. Incorporan su innovador triángulo en la parte superior y, años más tarde, las franjas verticales azules y blancas que caracterizarán al equipo.

El primer Reynolds juvenil sale a las carreteras en 1974 tomando el relevo del Nuevo Legarra. Forman su plantilla Javier López Izcue, José Ignacio Oroz, José María Cuende, Rubén López, Javier González de Morentín, Ulpiano Bello y Enrique Sanz. Será el último año completo bajo la dirección de José Legarra. Eusebio Unzué, ya en las labores de ayudante durante esa temporada, asume el mando del equipo cuando en mayo de 1975 José se marcha a Valladolid por motivos laborales. Sin embargo, los deberes patrióticos obligan al joven Unzué en 1976 a cumplir el servicio militar en tierras aragonesas y la doble baja en la dirección empuja de nuevo al primer plano a Jesús Legarra, *Peluso*, el hombre que impulsó aquel primer equipo juvenil en Irurtzun.

La temporada 76 trae otra importante novedad. Los chicos del Reynolds siguen creciendo y, con su progresión en edad, el equipo pasa desde la categoría juvenil hasta el campo aficionado. Seis ciclistas forman la escuadra; cinco de primer año: Miguel Acha, Miguel Mari Mari Errea, Javier González de Morentín, Francisco Jaurena y Enrique Sanz; y uno, Javier López Izcue, de segundo.

El equipo se centra durante los dos siguientes años en las competiciones navarras y vascas de los denominados aficionados *de segunda*. Al modesto presupuesto –menos de 800.000 pesetas– se une la poca disponibilidad de sus directores: *Peluso*, con los negocios hosteleros a su cargo, y Unzué que, tras terminar la *mili* en enero del 77 compagina su trabajo en la empresa familiar con el cargo de seleccionador navarro de la categoría de aficionados. Pese a todo, la generación navarro–guipuzcoana del Reynolds continúa cosechando éxitos con refuerzos como Ocaña o Segura, que se codean con la élite nacional cuando ésta disputa pruebas en el calendario norteño.

1977 será, sin embargo, recordado por la aparición de un nombre. El hombre que lo cambiaría todo...



Modesto corredor amateur en equipos franceses, José Miguel Echávarri (Abárzuza, 1947) había visto cómo a finales de los 60 su buena estrella le permitía cumplir su gran ilusión: convertirse en ciclista profesional. Su mejor prestación –triunfó en dos etapas y acabó 2º en la general de la Aragón–Bearn, una dura vuelta que cruzaba los Pirineos– le sirvió para que Cesáreo Gabarain, director de la organización, le recomendara para formar parte del Bic, entonces el mejor equipo del pelotón mundial: «*Para mí, aquello representaba el sueño entre todos los sueños. Estar en la escuadra de Anquetil, Janssen o Pérez Francés. Imagínate....*».

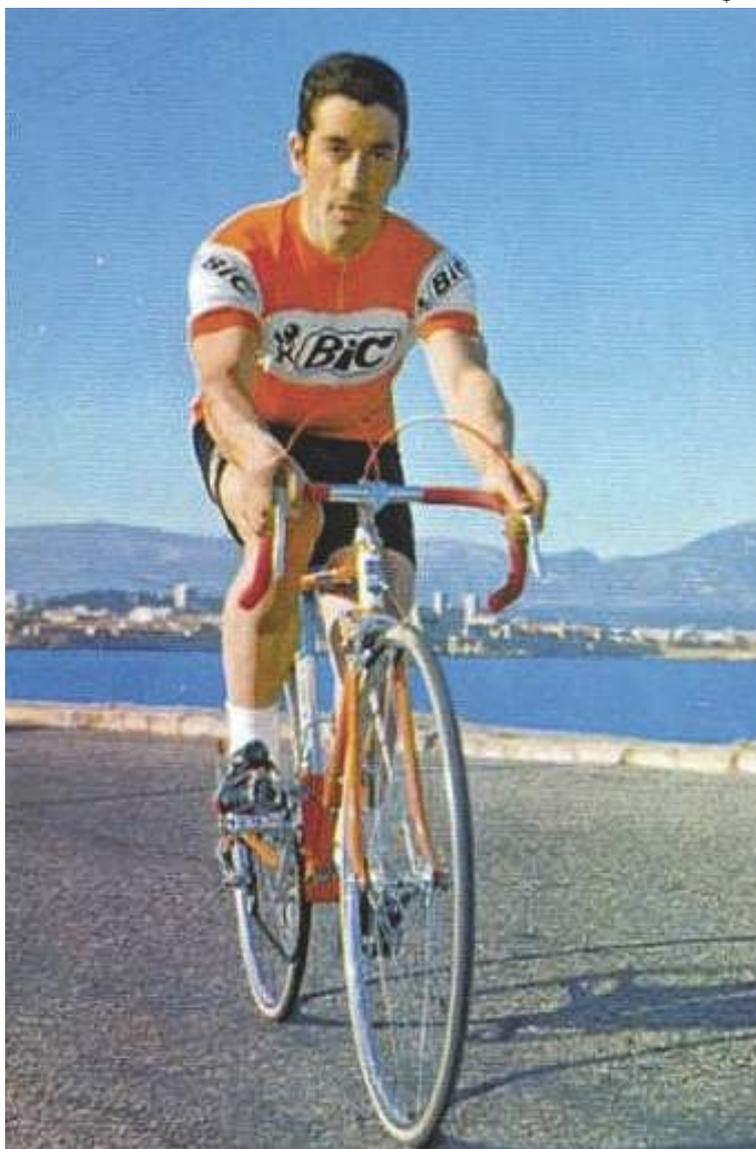
Las temporadas 69 y 70 ven como el joven Echávarri intenta con más voluntad que talento responder al enorme reto que supone militar en el conjunto dirigido por el mítico Géminiani. Desanimado, se plantea dejar el ciclismo, pero otra vez saca *petróleo* de su única victoria en profesionales: «*Había sido el*

Enrique Sanz, futuro mecánico del equipo y padre de Enrique, corredor del Movistar Team, con el maillot de Reynolds en 1974. DN



Miguel Mari Errea levanta el trofeo de ganador del II Circuito Larrasoña de juveniles (1975). DN





José Miguel Echávarri, durante su etapa como ciclista profesional en el conjunto francés Bic (1969). RY

más rápido en agosto en el Gran Premio San Lorenzo de Huesca y cuando a José Luis Galdamez, buen amigo y entonces ciclista profesional del Coelima portugués, le preguntaron desde el Oporto por un buen sprinter, les habló de mí». El sueldo casi dobla su nómina en el Bic y Echávarri, enfrascada su familia en la construcción de un hostel, decide aprovechar la oportunidad económica y marcharse a Portugal en un año en el que, deportivamente, apenas compite. Una de esas escasas carreras marcaría el devenir de los acontecimientos: la Vuelta Ciclista del Uruguay.

Echávarri disputa la ronda sudamericana enrolado en la selección española y estrecha cierta amistad con el entorno del ciclismo uruguayo. Al terminar ese año 1971, con el negocio familiar ya construido, decide poner punto final a su etapa como ciclista profesional. Toca centrarse en rentabilizar el nuevo Hostel Iranzu, que abre sus puertas en junio de 1972 en Campanas, una pequeña localidad separada una quincena de kilómetros de Pamplona. Allí, José Miguel ejercerá de comodín durante siete años: desde atender la recepción a servir como camarero durante los horarios de comidas.

En marzo de 1977 se recibe en el hostel una llamada desde Uruguay. A través de Rubén Coppola, uno de los grandes periodistas deportivos del país, la federación de aquel país se pone en contacto con Echávarri para solicitarle el regreso a la carrera de la selección española tras algunos años de ausencia.

«Si te apañas, vete para allí», le responde Ramón Mendiburu, seleccionador español ese año. Echávarri acepta el envite y decide poner en marcha la aventura. Necesita cuatro ciclistas: «Por aquel entonces, el único equipo navarro profesional, el Super Ser, había desaparecido y dos hombres del ciclismo de aquí, Jesús Moriones y Manuel Esteban, intentaban sacar adelante un nuevo proyecto, el ELDINA (Elementos de Difusión para la Industria Navarra). Se reunían en mi hostel con los corredores que iban a formar parte del equipo y allí es donde conocí a los ‘cómplices’ de aquella aventura».

Jesús Líndez, catalán; el navarro Carlos Valencia y dos madrileños que serían piezas clave años después, Ángel López del Álamo y Anastasio Greciano, son los cuatro elegidos para disputar la Vuelta Ciclista del Uruguay 1977. A Greciano le avisa su paisano.

– Oye Tasio, que me ha llamado el chico del hostel de Navarra. Que si queremos correr en Uruguay con la selección.

– Bueno, pues vamos, ¿no? Así vemos cómo es aquello.

Aquello son caminos de tierra, carreteras sin asfaltar y dos competiciones: la de los ciclistas por la victoria y la de la pelea de los directores, que ante la ausencia de coches de equipo siguen al pelotón en las motocicletas conducidas por el personal de organización. Pero aquello fue también el escenario para descubrir al futuro director, a un guía *con madera*. «Recuerdo que José Miguel nos llevó una semana antes y nos sacaba a entrenar con una 'vespa' que le

habían dejado –narra Greciano–. A mí eso me vino fenomenal porque estaba trabajando como albañil y apenas había podido entrenar. Rápidamente me di cuenta de que aquel chaval tenía personalidad, que tenía algo diferente».

La primera experiencia de José Miguel Echávarri como director deportivo se salda con éxito –Greciano y Líndez acaban 4º y 5º en la general– y, sobre todo, con un contacto que resultará clave para el futuro de esta historia. En Uruguay, un corredor local le llama especialmente la atención. Se llama Héctor Rondán, tiene 23 años, corre en el equipo Joselín que dirige Mario González... y recibe una propuesta.



La plantilla del Reynolds 1977: Sanz, Ocaña, Acha, Segura, Jesús Legarra (director), Gonzalez de Morentín, Jaurena y Errea. DN

«Se me acercó y me dijo si me gustaría probar una temporada en España –revive Rondán–, que tenía contacto con un equipo de allí y que podía intentarlo. Yo le dije que sí, pero la verdad es que no me lo tomé muy en serio». A su regreso, Echávarri habla con José Antonio Martínez Chapas, presidente del Irurzungo, y Pedro Mari Alzueta, secretario, los nuevos responsables de gestionar el Reynolds. «Nos parece muy bien, pero ya sabes que no hay dinero ni para traerle ni para mantenerle». De lo segundo se ocupa Echávarri, que alojará a Héctor en su hostel. De lo primero, se encarga Rondán: «Unos meses después de nuestro contacto en Uruguay, José Miguel me llama para decirme que tiene un contrato de un año con el equipo Reynolds. Que no me preocupe ni del material ni de dónde vivir allí. Que el único problema es que no se hacen cargo del billete. Yo no tenía dinero, pero no podía desaprovechar esa oportunidad. Por eso mis amigos se encargaron de organizar una fiesta en la que recaudaron más de 1.000 dolares, “la plata” suficiente para pagar el pasaje del avión».

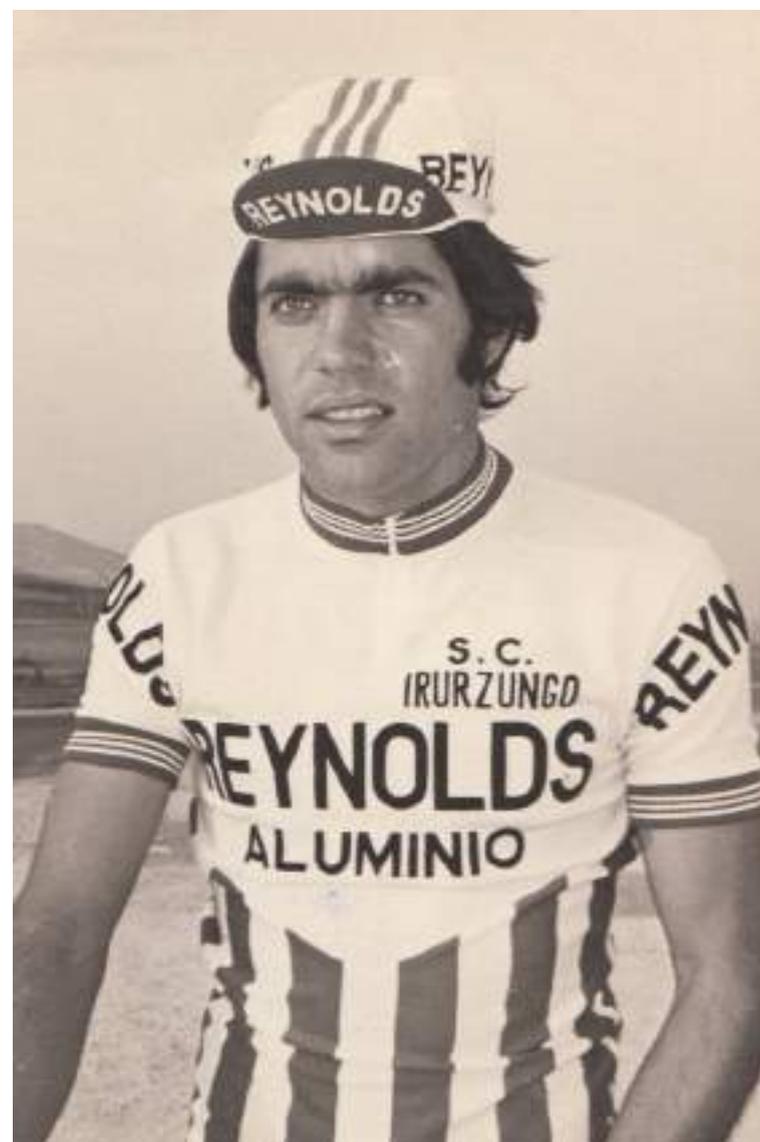
Pero la admisión de Rondán por parte de Reynolds tenía otra contrapartida:

– José Miguel, si cogemos al chaval, tienes que colaborar con nosotros de algún modo.

La relación de José Miguel Echávarri con el equipo acaba de empezar.



El contacto de Rondán con el ciclismo español no es el esperado. Acostumbrado a las llanuras de Uruguay, su primera experiencia con las subidas navarras está a punto de provocar su rendición. En el primer entrenamiento bajo el seguimiento de su mentor se dirige a subir el alto de El Perdón, una subida muy conocida por los ciclistas de la zona.



Héctor Rondán, en su primera imagen como corredor del Reynolds tras su llegada desde Uruguay (1978). DN

Una hora después de arrancar, Rondán se para.

– Mira, José Miguel, yo con estos puertos no puedo...

– Héctor, esto no es el puerto. Sólo son los repechos de antes.

– Joder, pues más todavía. Mira, yo me vuelvo para casa.

– Escucha, dentro de una semana vamos a dos carreras en Valladolid. Allí el terreno es llano, como en Uruguay. Prueba allí y después tomas una decisión.

El Echávarri psicólogo, ese que destacarán todos sus ciclistas durante las siguientes dos décadas, se ha destapado. En la primera de las dos carreras vallisoletanas, el recién llegado se reencuentra con el llano y el viento, sus dos aliados preferidos. Termina 6º. Al día siguiente, la carrera es en Peñafiel, famoso por el castillo elevado desde el que se divisa todo el municipio; algo que a Rondán, reconocido sprinter, nadie le ha contado...

«Hicimos un abanico a mitad de carrera y nos fuimos un grupo con gente importante como Camarillo o Juan Fernández. A 20 kilómetros de meta, le dije a mi compañero Miguel Acha que si yo quería ganar tenía que dejar de relevar y que él debía controlar la carrera hasta el último kilómetro. Así lo hizo hasta que, acercándonos a Peñafiel, vi aquel castillo en lo alto de la montaña»:

– Miguel, esto no acabará allí, ¿verdad? Porque allí yo no gano...

– ¡No me jodas, chaval! ¡Después de lo que hemos trabajado, tienes que ganar!

Ganó. Esa y doce carreras más durante la temporada 1978. El recomendado de Echávarri funciona... y ya no tomará nunca más el camino de vuelta hacia Uruguay.

Rondán fue también el nexo entre José Miguel Echávarri y Eusebio Unzué, entonces director deportivo del equipo junto a *Peluso*. *«No le conocía hasta que nos trajo a Héctor –recuerda Unzué–. Ese primer año no coincidimos en exceso, pero desde el primer momento me di cuenta de que era alguien distinto. Sobre todo me llamó la atención porque resultaba muy innovador»*. A finales de aquella temporada ya muestra en la prensa la admiración por su nuevo compañero: *«¿Yo el mejor técnico de*

Navarra? No soy el más indicado para decirlo. Hay gente con igual o más calidad. Lo que pasa es que he tenido la suerte de estar aconsejado por gente muy experimentada, como José Miguel Echávarri. Ojalá hubiera muchas personas como él en el ciclismo navarro».

La labor de Echávarri ese año, siempre compaginada con su trabajo en el hostel, se centra en conseguir la participación del equipo en carreras de fuera de la comunidad. *«Yo veía que ahí había buenos ciclistas, pero sólo corrían en casa. Y para hacerse ciclistas tenían que ver otras carreras, salir a competir contra los mejores de España»*. Una de ellas es la Volta al Sedaví en tierras valencianas, donde Echávarri queda prendado del joven catalán que se lleva la victoria final: José Luis Laguía.

Se acerca el año clave y la temporada 79 acelera los cambios en el seno del equipo. Eusebio Unzué deja de ser el seleccionador navarro de aficionados y se convierte oficialmente en el primer director deportivo del Reynolds, el más joven entre todos los directores de la categoría a nivel nacional. Tiene 24 años. Las dedicaciones laborales de Jesús Legarra le hacen abandonar su puesto al volante del equipo e intercambiar sus funciones por las de Unzué, convirtiéndose *Peluso* en el nuevo seleccionador regional amateur.

El equipo mantiene su columna vertebral –Acha, Rondán, Segura...– y recupera a Ocaña tras un año en el Super Ser. José Miguel Echávarri aumenta poco a poco su implicación y, de común acuerdo con los corredores, se propone dar una imagen más profesional del equipo, en el que hasta entonces los ciclistas portaban su propia bicicleta. *«Si consigo unas bicis italianas de primer nivel, tenéis que pagar cada uno el 50 por ciento»*. Todos aceptan y Echávarri parte en coche hacia Italia con su esposa y su

pequeña hija. En lugar de subrayar los monumentos más importantes a visitar, en el mapa están marcadas con un círculo las fábricas de cuadros y componentes más conocidas del país. Es su particular *ruta de las bicicletas*:

«Me llamó mucho la atención lo fenomenalmente bien que me atendían. Yo no era nadie y Olmo, Coppi, Bianchi y hasta Campagnolo, los ‘monstruos sagrados’, me abrían sus puertas. En Vicenza, la sede de Campagnolo, me enviaron a Pinarello, donde firmamos nuestro primer acuerdo. Me dejaban las bicicletas a mitad de precio y se encargaban de pintarlas de color gris, símbolo del aluminio que fabricaba Reynolds».

Durante el año, los rumores sobre el posible salto del equipo al campo profesional se incrementan. La desaparición tres años antes del Super Ser, el único equipo navarro *pro*; la buena generación de ciclistas que siguen creciendo en Reynolds y el *boom* de los equipos en España –hasta siete, récord histórico, serán profesionales la campaña siguiente– avivan la idea.

Pero falta materializarla...



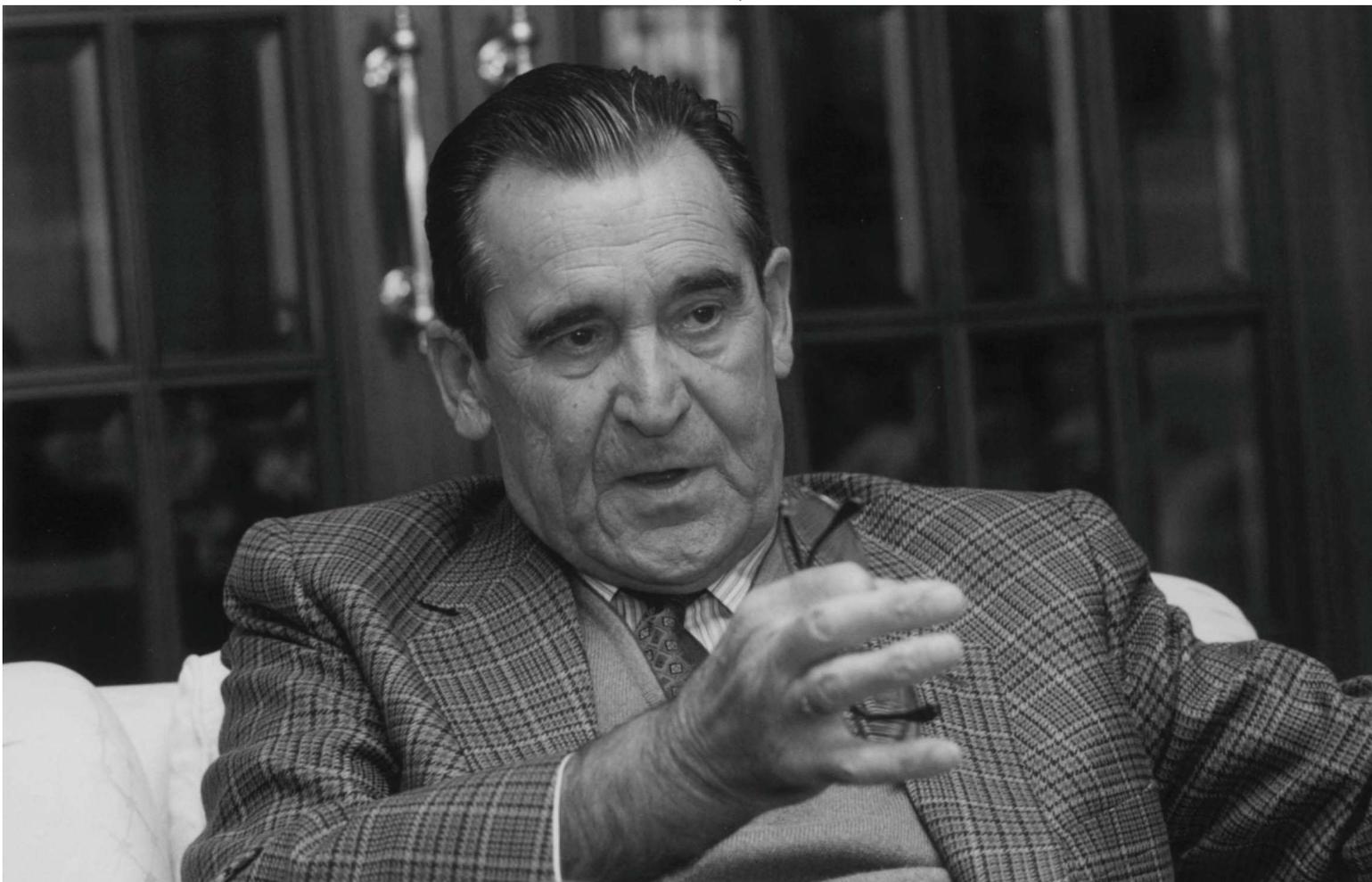
El director general de INASA se llama Juan García Barberena, *Don Juan*. Antes de llegar a la empresa, había ocupado durante doce años (1946–57) la secretaría del ayuntamiento de Abárzuza, el pueblo de José Miguel Echávarri, a cuyo padre había conocido Barberena en ese periodo. Fue el nexo que acabó de romper el miedo a la reunión con el gran patrón de la empresa. Cuesta varios encuentros convencerle, pero Martínez, Alzueta y Echávarri consiguen finalmente que el proyecto del Reynolds profesional salga adelante... con algo más de los 12 millones



Jesús Legarra, *Peluso*, impulsor del primer equipo juvenil del Irurzungo, director del conjunto aficionado hasta 1978 y, posteriormente, chófer del autobús de Reynolds en sus primeros años en profesionales. *DN*



José Antonio Martínez Jaunsaras, *Chapas*, presidente del Irurzungo desde 1977. *DN*



Juan García Barberena, director general de INASA y patrón del Reynolds durante toda su trayectoria, en una imagen pocos años antes de fallecer en 2002. DN

que habían presupuestado: *«Anda tomad 15, que si no no vais a ninguna parte»*. En lo que sí fueron inflexibles Echávarri y su grupo fue en la filosofía del equipo: gente joven, de casa, sin presiones, pero con profesionalidad. Un planteamiento serio, de dignificación del ciclismo dentro de un panorama nacional desalentador.

– *Y con esto, ¿cuántas carreras vamos a ganar?*

– *Don Juan, entre algún pinchazo de los de adelante y alguna caída del resto, seguro que alguna ganamos, pero si ahora nos exige firmar una sola victoria, prefiero que diga que no.*

– *Bueno, bueno... me dejarás al menos un par de días para pensarlo...*

«Con el tiempo supe que esa frase en boca de Don Juan era un sí» desvela ahora Echávarri.

El martes 2 de octubre de 1979, a través de su director comercial, Carlos Orte, INASA hace público en rueda de prensa el acuerdo: *«Lo hemos decidido y vamos a sacar equipo profesional. O si se quiere, y en términos ciclistas, neoprofesional, ya que casi todos sus componentes van a debutar en esta nueva categoría. El motivo es, más que nada, afectivo. Habíamos empezado con un grupo de chavales en juveniles y han ido escalando todas las categorías. Y además querían seguir juntos en el profesionalismo. Esto ha sido el 75 por ciento de la decisión. El otro 25 por ciento está en la rentabilidad publicitaria que puede dar. Y otra parte importante ha sido el tratamiento que se ha dado al equipo. Todo se ha*

juntado en la decisión final y nos hemos decidido a hacer la prueba en el campo profesional».

Semanas antes, el proyecto de Reynolds pudo haber cambiado de rumbo. El mítico Kas llegaba ese año a su final y sus rectores, Eusebio Vélez y Juan José Urraca, enterados del interés de la empresa de aluminio en tener un equipo profesional, ofrecen en una reunión en INASA a la mayor parte de su reconocida plantilla nacional y toda su infraestructura. El precio, 25 millones de pesetas, no es lo único que declina la balanza. *«Aquello no era lo que le habíamos vendido a Don Juan. No queríamos gente consagrada, queríamos empezar desde abajo con la gente de casa. Afortunadamente, la empresa apoyó nuestra filosofía»*, destaca Echávarri.

Confirmado el proyecto, la atención se centra ahora en la confección de la plantilla. El número está claro: 12 ciclistas. Del conjunto amateur pasan 5: Acha, Azkarate, Ocaña, Segura y Rondán. Además se recupera a López Izcue, que había corrido el último año en el Teka aficionado, y se ficha a Vicente Iza, un pequeño guipuzcoano del equipo Transportes Uriarte al que Unzué le ha *echado el ojo*. Dos aficionados más, parte fundamental en la historia futura, completarán la plantilla: Dominique Arnaud y José Luis Laguía.

Arnaud es francés, de cerca de Bayona. Allí, en el Guidon Bayonnais había cubierto su etapa de amateur Echávarri a finales de los 60. Allí, Arnaud le había admirado tras su paso al Bic y allí, en el Bayonnais, conoció Echávarri a Pierre Raynal, el futuro director deportivo de Arnaud y quien le recomendó a ese chico combativo que había ganado más de una veintena de carreras en las últimas dos temporadas: *«Yo estaba en una situación complicada porque acababa de tener una hija y trabajaba de fontanero con mi padre, que estaba perdiendo la visión. No sabía muy bien*

hacia donde tirar, pero decidí jugármela y aceptar la oferta de José Miguel».

Laguía era el fino escalador del que Echávarri se encandila en la Volta al Sedaví del año anterior. *«Se me acercó después de ganar la Escalada a Montjuïc que gané para decirme que quería hablar con mis padres –recuerda Laguía–. Por entonces, yo ni me había planteado ser profesional. Compaginaba la bici con un trabajo de fresador y hasta el año anterior apenas tenía un rato a mediodía para entrenar. En amateurs me fichó el Esport Ciclista Barcelona, el mejor de la categoría en Catalunya, y pude preparar un poco mi primera vuelta internacional, el Tour de Rosellon. Hice tercero. Nuestro director era Rodríguez Ayora, el padre de ‘Purito’ Rodríguez. Me dijo: “Chaval, tienes que dejar de trabajar, porque cuando tienes tiempo para entrenar, andas la hostia”. Llegamos a un acuerdo con Sabaté, el presidente, y al final casi ganaba más en amateurs que si aceptaba la oferta de Reynolds, diez mensualidades de 30.000 pesetas. Lo consulté con los compañeros y ellos me convencieron: “No seas tonto, es tu oportunidad”».*

Para comandar al grupo de nueve profesionales y ejercer la labor de maestros, Echávarri se acuerda de los dos veteranos que tanto le impresionaron en su aventura en Uruguay: Ángel López del Álamo, que esa temporada ha ganado una etapa de la Vuelta a España y Anastasio Greciano, en quien Echávarri confía pese a que éste había colgado la bicicleta a finales del 78 para dedicarse por entero a su oficio de albañil: *«Me dijo: “No quiero presionarte, pero tengo este proyecto y conozco ciclistas en tu mismo caso que han retornado con éxito”. Y me convenció».*

Con once ciclistas ya confirmados, a Reynolds sólo le queda un hueco por cubrir. Será para el pistard danés Gert Frank, un imponente rodador que llega



El Reynolds 1978. De izda. a dcha.: Alejandro Ibáñez de Gauna, Héctor Rondán, Aitor Aldalur, Miguel Mari Errea, Juan María Azkarate, Miguel Acha, Jesús María Segura, Enrique Sanz y el director, Jesús Legarra Peluso. DN

por mediación de Benotto, la firma italiana que se convierte en la primera bicicleta del Reynolds en profesionales. Recomendado por Ole Ritter, ex recordman de la hora, Frank había sido medallista olímpico en Montreal 76 en la contrarreloj por equipos de 100 kilómetros, el hito más importante de su palmarés y, curiosamente, el único que no destaca ningún medio de comunicación de la época.

Reynolds ya tiene doce corredores. El *doce* que formará su primera plantilla en el campo profesional.

Por presupuesto e inexperiencia, el equipo se perfila en el vagón de cola de los siete –récord en cantidad– que formarán el pelotón profesional español en 1980. Pero Echávarri no se conforma y a falta de talonario tira de innovaciones para reducir las distancias con los *grandes*. La primera, sorprendente para lo habitual en la época, es la de concentrar a sus corredores en invierno. Primero son siete días en Campanas, a mediados de noviembre; después, otros cinco días en Villanúa, en el Pirineo aragonés, que se inician un 25 de diciembre.



Un jovencísimo Eusebio Unzué, director del equipo aficionado del Reynolds 1979. *DN*



Héctor Rondán, 1979. *DN*



Miguel Acha, uno de los corredores más destacados del Reynolds aficionado. Llegó a ser medallista de plata en la contrarreloj por equipos de los Juegos del Mediterráneo 79 con la selección española, con la que también corre ese año los Mundiales y el Tour del Porvenir. *DN*



Las victorias son una constante en los últimos años del Reynolds aficionado. Aquí, Errea (1978), Acha y Rondán (1979). *DN*



La última plantilla del Reynolds aficionado antes del paso a profesionales: Esparza, Segura, Cerezo, Otín, García Cuenca, Jaurena, Ocaña, Rondán, Cruz Múgica, Acha y Azkarate. *DN*



El equipo, durante una competición en 1979. *DN*



La rueda de prensa en la que Reynolds comunica su salto al profesionalismo. A la izquierda, José Antonio Martínez, presidente del Irurungo; a la derecha, Carlos Orte, director comercial de INASA. *DN*

«Queremos respetar el aire de familia de estos días. Por eso, Año Nuevo lo pasaremos en casa. Pero Navidad, no. Si el equipo es un grupo de amigos, se ha de demostrar también en estos detalles».

José Miguel Echávarri, *El Mundo Deportivo*, 21 diciembre 1979

Las concentraciones no son meras reuniones de convivencia. El grupo entrena fuerte, duro. La llegada de un preparador físico desde Madrid, José Luis Pascua Piqueras –otra de las novedades que aporta Echávarri– genera agotadoras jornadas de

trabajo, a veces en sesiones de mañana y tarde, en un periodo en el que muchos de sus rivales todavía no han descolgado la bicicleta. Todavía quedará un último *stage* de cinco días en Palma, aprovechando los días previos a la Vuelta a Mallorca, la carrera que a comienzos del mes de febrero supondrá el estreno competitivo del Reynolds profesional.

No sólo en las concentraciones invernales se centran las ideas renovadoras de Echávarri. También en la vestimenta: *«Me llamó mucho la atención una*



La primera concentración del Reynolds de cara a su estreno profesional en 1980. Arriba: Laguía, Iza, Azkarate y López Izcue.
Abajo: Amaud, López del Álamo, Ocaña, Acha y Segura. Campanas (Navarra), noviembre 1979. *DN*

fotografía de Francesco Moser en una París-Roubaix que ganó con una Benotto. Era una toma lateral preciosa, pero en lo que yo me fijaba es en cómo no se aprovechaba publicitariamente una parte tan visible como el costado de la camiseta. Tuvimos que pedir permiso porque el reglamento no lo permitía en aquel momento, pero fuimos los primeros que lucimos la publicidad en el lateral de los maillots».

Reynolds también es pionero en incluir a sus ciclistas en la Seguridad Social. Más bien en intentarlo, porque

su petición es rechazada por ésta en un primer momento. Pese a que se trata de una medida que supone un mayor coste para la empresa, Reynolds decide pelear y recurre el caso a la Magistratura de Trabajo, que le acaba dando la razón, con efectos retroactivos, más de tres años después. La sentencia sentó jurisprudencia para el resto de ciclistas profesionales. Un paso más en la dignificación del ciclismo que busca Echávarri.